

CAPITULO XXVIII.

Díaz derrota de nuevo á Visoso.

El General Francisco Leyva, que había estado con las fuerzas de Juan Alvarez, se unió en La Providencia con el General Díaz, trayendo consigo como una docena de oficiales, que fueron un agregado de bastante importancia á las fuerzas indígenas poco disciplinadas del último.

A su regreso á Tlapa, donde había dejado sus fuerzas al mando del Coronel Segura, encontró, que durante su ausencia, la ciudad había sido ocupada por una fuerte columna de austriacos; y que el Coronel Segura con las fuerzas liberales se había atrincherado en una montaña vecina, donde ocupaba una fuerte posición. Como las fuerzas de los austriacos consistía en 1200 hombres bien armados y tenían además seis piezas excelentes de artillería de montaña, no le era posible al General Díaz presentar batalla, por lo cual recurrió á la estrategia. Reunió cierto número de indígenas de los contornos y los hizo marchar por los flancos de la montaña á vista de los austriacos, los cuales, como es natural, suponiendo que esta gente estaba armada, y temiendo ser rodeados por una fuerza mayor, apresuradamente se retiraron dejando la población en poder de los liberales.

Cuando los austriacos se habían marchado en dirección de Chila, el General Díaz dió gracias á los indígenas por su oportuno auxilio y los desbandó; pues no tenía ni armas suficientes para ellos ni medios para mantenerlos en el servicio.

Aunque no les era posible á los liberales dar batalla á los austriacos, el General Díaz continuó molestandolos y acosándolos con ataques nocturnos, y así los obligaba á mantenerse en constante vigilancia y en temor incesante de alguna sorpresa. Su objeto era

mantener ocupados á los austriacos y separados de las fuerzas al mando de Visoso.

Repentinamente los liberales regresaron á Tlapa, donde el General Díaz, que tenía un ligero ataque de gripa, hizo circular la noticia de que estaba enfermo de gravedad. Este rumor llegó á oídos de Visoso, de acuerdo con lo que se esperaba, y decidió á este jefe á avanzar hasta una distancia de seis ó siete millas de las fuerzas liberales. Y así, Díaz había logrado ponerlo á distancia de ataque y separado de los austriacos. Esto último era lo que más le interesaba, é inmediatamente procedió á aprovecharse de este movimiento de parte de Visoso:

“El 3 de Diciembre, en la noche, sin dar ningún toque, y de la manera más sigilosa, levanté y organicé mis fuerzas y emprendí mi marcha con la cautela necesaria, hacia el pueblo de Chila, cuyas entradas y caminos conocía muy bien. Mas al llegar al lugar, supe que Visoso había marchado á las nueve de la noche para Comitlipa, que no está muy lejos.

“Todavía faltaba mucho para que amaneciera, y seguí sin dilación alguna. Al llegar en la madrugada del 4 de Diciembre de 1865, á un lugar del camino, desde donde se descubre el pueblo, ví en un pequeño cerro que está casi á tiro de pistola de la plaza, una gran fogata, y comprendí que allí había un puesto de observación; y como aún no amanecía, no podía yo ser visto por los hombres que lo formaban. En un reconocimiento que practiqué con otros dos ayudantes, dejando toda mi fuerza en el camino, pude comprender que el enemigo no tenía ninguna avanzada por el lado donde yo iba y que sólo ocupaba el centro del pueblo, esto es, la plaza, la casa municipal y la colina á que he aludido.

“Bajé entonces mi infantería de la alta planicie por la que que el camino pasa, la oculté en unos espesos carrizales y arboleda que había á muy corta distancia de las primeras casas, y la dejé allí á las órdenes del Capitán Don José Guillermo Carbó, una parte; y la otra, á las órdenes del Teniente Coronel

Don Juan José Cano. Hecho ésto, volví al punto elevado del camino, en donde había quedado mi caballería. Esperé á que amaneciera, y cuando hubo luz, emprendí la marcha con ella, haciéndome visible sobre el relieve del terreno. Entonces ví perfectamente que bajó un hombre corriendo de la colina, sin duda á dar aviso á Visoso. Creí que éste saldría á mi encuentro; pero no sucedió tal, y tuve que llegar hasta la plaza á tirotearle para que saliera á perseguirme, pues hice oportunamente una falsa retirada.

“Como los del cerro habían podido ver y hasta contar la fuerza de caballería que yo traía que apenas llegaría á cien hombres, Visoso se animó y salió briosamente tras de mí. Cuando hubo rebasado el carrizal, le rompieron los fuegos el Capitán Carbó y el Teniente Coronel Cano, cortándole el primero el camino y batiéndole el otro por un costado, en los momentos en que yo, con la caballería, volvía caras y le cargaba rudamente por la llanura de su izquierda adonde corría su gente en desorden, al sentir los fuegos á quemar ropa que salían del carrizal.

“Fué completamente derrotado Visoso, y huyó con sólo unos veinte ó treinta jinetes, dejando 81 muertos, entre los cuales había tres oficiales y prisionera á casi toda su infantería, que me sirvió para formar, con el piquete de cabos y sargentos oaxaqueños que había encontrado en “La Providencia,” el batallón “Fieles de Oaxaca,” cuyo mando tomó desde luego el Capitán Don José Guillermo Carbó, á quien ascendí á Mayor, por sus servicios y con ese especial objeto.”

CAPITULO XXIX.

Mejores días para la causa liberal.

Después de la derrota de Visoso, el General Díaz continuó acosando con toda actividad á las guarniciones imperiales de la vecindad de Tlapa, y en lo general, en todo el país situado á lo largo de la línea limítrofe entre los Estados de Puebla y de Guerrero. Varias veces extendió el campo de sus excursiones, para levantar á los indios contra los imperialistas, y siempre con gran éxito. Invariablemente, cuando tenía lugar algún encuentro entre sus fuerzas y las del enemigo, la suerte le era favorable. Con lo cual, la reputación de Díaz y de los soldados que guerrearban bajo su mando, se extendió por todas partes de los Estados de Guerrero, Puebla y Oaxaca, hasta que su nombre vino á ser el más temido y odiado en la corte de Maximiliano, que había comenzado ya á sentir los rigores é inconveniencias, la humillación y el desagrado de una situación que cada día era más difícil de sostener.

Ya los Estados del norte de la Unión Americana habían asegurado la victoria en la guerra civil que había amenazado dividir en dos la República del Norte, y la administración de Washington había reconocido al gobierno de Juárez y puesto á Napoleón III en situación tal, que encontró más ventajoso el abandonar á Maximiliano á su suerte.

Para empeorar más aún la causa del imperio, los jefes liberales habían comenzado á presentarse en campaña por todo México, con partidas bien organizadas y disciplinadas, y victoria tras victoria era ganada á las fuerzas del imperio. Estas victorias, aunque de poca importancia en lo que se refiere al número de gente comprometida en cada combate, servían para levantar el espíritu de los liberales, y sobre todo, para proveerlos de armas y municiones de gue-